

La interrelación entre Portugal y España durante la consolidación democrática

Josep Sánchez Cervelló *

Resumo:

La larga duración de ambas dictaduras, 48 años en Portugal y 40 en España, tuvieron profundas repercusiones en la modelación de las mentalidades, impidiendo el contraste de ideas, manteniendo sus sociedades constreñidas por valores que estaban en profunda revisión en Europa: familia, religión católica, orden, jerarquía.

Basaron su legitimidad en el mantenimiento del mito de que con la rebelión contra las instituciones republicanas se había salvado al Estado y la perennidad de la patria.

Palabras-chave:

Dictadura, Familia, Religión, Orden, Hierarquía, Regresión, Transición, Democracia

Abstract

The long duration of both dictatorships, 48 years in Portugal and 40 in Spain, had profound repercussions in the modeling of mentalities, impeding the contrast of ideas and keeping their societies constrained by values that were in a deep revision in Europe: family, catholic religion, order, hierarchy.

They based their legitimacy by maintaining the myth that with a rebellion against republican

* Universidade Rovira i Virgili, Tarragona

institutions they could save the State and the perpetuity of the fatherland.

Keywords:

Dictatorship, Family, Religion, Order, Hierarchy, Regression, Transition, Democracy

1.- Los antecedentes

La crisis socio-económica derivada de la I Guerra Mundial produjo diversos ensayos autoritarios en ambos países ibéricos: en Portugal las dictaduras del general Pimenta de Castro (1915) y la de Sidónio Pais (diciembre 1917-diciembre 1918); y en España la de Primo de Rivera (1923-1930). Estos proyectos dictatoriales alentaron, en Portugal, el golpe de los generales en Braga (mayo 1926) que acabaron, mediante la Constitución de 1933, en el Estado Novo que se alargó hasta 1974. Igualmente, la sublevación militar de Sanjurjo (agosto 1932) y la de Sanjurjo-Mola que acabó en la guerra civil de 1936-39 y que destruyó el régimen parlamentario en España, se prolongó bajo la jefatura de Franco (septiembre 1936) hasta su muerte en noviembre de 1975.

2.- Similitud de las transiciones

1.- La larga duración de ambas dictaduras, 48 años en Portugal y 40 en España, tuvieron profundas repercusiones en la modelación de las mentalidades, impidiendo el contraste de ideas, manteniendo sus sociedades constreñidas por valores que estaban en profunda revisión en Europa: familia, religión católica, orden, jerarquía¹. También ambos regímenes fomentaron la represión, con diferente nivel de violencia en función de la intensidad con que se habían implantado las ideas revolucionarias. Por eso fue más salvaje en España, porque en la aplicación de una alternativa al capitalismo se había ido mucho más lejos y hubo que realizar una verdadera

contrarrevolución preventiva². Así mismo se promovió la despolitización de la sociedad con el objetivo de monopolizar el ámbito ideológico. Por eso basaron su legitimidad en el mantenimiento del mito de que con la rebelión contra las instituciones republicanas se había salvado al Estado y la perennidad de la patria. Por eso las fiestas nacionales se celebraban en las fechas que conmemoraban los *putschs*.

2.- La importancia de la Iglesia, tanto en España como en Portugal, radicó en que fue la principal aglutinadora de la coalición antirrepublicana³ y la fuente esencial de legitimación autoritaria, por lo que fue recompensada largamente. A pesar de ello, tras el Vaticano II (1965), se fue produciendo un gradual distanciamiento de la dictadura. En Portugal visible tras la sustitución del presidente de la Comisión Episcopal portuguesa y cardenal patriarca de Lisboa, Manuel Gonçalves Cerejeira, por Antonio Ribeiro (mayo 1971)⁴; y, en España, con la llegada del cardenal Enrique Tarancón (diciembre 1969) como arzobispo de Toledo, primero, y después como presidente de la Conferencia Episcopal en 1971. Desde ese palco preeminente inició el desanclaje de la Iglesia con el régimen⁵. En Portugal la ayuda de la Santa Sede a la mutación interna fue decisiva, siendo sus momentos más estelares la audiencia del Papa a los principales dirigentes nacionalistas africanos en junio de 1970: Agostinho Neto (MPLA), Eduardo dos Santos (FRELIMO), Amílcar Cabral (PAIGC). También el distanciamiento de la Iglesia respecto del régimen en las elecciones-farsa de 1969, cuando por primera vez la Iglesia se declaró neutral⁶; y en la expulsión de los Padres Blancos de Mozambique en mayo de 1971 por supuesta colaboración con el FRELIMO. Este alejamiento de la iglesia católica del régimen haría exclamar a Caetano: “no escondo que las primeras dudas de mi fe que era fuerte y pura, resultaron de los contactos con la diplomacia de la Iglesia, más movida por intereses temporales que por razones de doctrina”⁷. En España, a su vez, el distanciamiento entre Iglesia y régimen se visualizó un poco más tarde con el intento de expulsar de

España, en marzo de 1974, al arzobispo de Bilbao monseñor Añoveros, a quien la policía mantuvo en arresto domiciliario junto al vicario de su diócesis, responsabilizándolos por la publicación de tres homilias, redactadas por la Comisión Pastoral, en las que se pedía respeto por la lengua y la autonomía del País Vasco⁸. Este suceso llevó a Franco a exclamar, cuando el primer ministro Arias Navarro ya tenía preparado en Sondica el avión para llevar a Añoveros al destierro, “¿A dónde me quieren Vds. llevar?”; evitando así el enfrentamiento con la Iglesia, a la que tanto debía y a la que se sentía íntimamente vinculado⁹. Pero inexorablemente, un nuevo enfrentamiento con la institución eclesiástica acabó por estallar poco tiempo después, en septiembre de 1975, ante la ejecución de cinco militantes del FRAP y de ETA, y para los que Pablo VI pidió clemencia. La relación entre el gobierno de España y el Vaticano se puso al rojo vivo.

3.– Similitud en el panorama opositor al régimen, tanto de los sectores autoritarios como de los democráticos. Los sectores ultra africanistas: Franco Nogueira, Kaúlza de Arriaga, la Liga Popular Monárquica, la Asociación Nacional para el Desarrollo de los Recursos Humanos y la Asociación Programa, eran profundamente anticaetanistas. En España, la ultraderecha no se organizó definitivamente hasta después del golpe portugués, con la creación de la Hermandad Nacional de Excombatientes y la Hermandad de Alféreces Provisionales impulsadas por Girón de Velasco, y Fuerza Nueva fundada por Blas Piñar que, aunque como revista semanal salió en enero de 1967, solo se organizó como partido en 1976 y se lanzó al combate contra Arias Navarro al que despectivamente apodaba de ser el Caetano español. Por tanto, la extrema derecha ibérica se quejaba de cualquier atisbo, por tibio que fuese, de remodelar el régimen.

La derecha democrática, aquí como allí, no estaba organizada porque durante décadas no sintió esa necesidad ya que los gobiernos autoritarios defendían sus intereses. Por eso, en ambos países, la derecha

apareció desorganizada. Aunque en España al ver lo acontecido en Portugal, por aquello de la paja en el ojo ajeno, desde el poder se acabó creando la UCD, básicamente, con el apoyo del Movimiento¹⁰.

La izquierda moderada en ambos países, representada por el socialismo democrático, era débil y estaba dividida. Por eso no fue casual que su organización y su proyección internacional se consagrasen en vísperas de la caída de los regímenes autoritarios. El Partido Socialista Portugués sería creado, en abril de 1973, en Bad Münstereifel (RFA) y el PSOE tendría su refundación en Suresnes (Francia) en octubre de 1974, contando ambas formaciones con el beneplácito de la Internacional Socialista¹¹.

Pero quien en ambos países capitalizaba la oposición eran los partidos comunistas. El PCP había sufrido, a finales de la década de los 60, un profundo debilitamiento, como se verificó en su VI Congreso, realizado en 1965 en Kiev, debido a la escisión maoísta, a las sucesivas caídas de militantes y a las divergencias provocadas por la invasión checoslovaca de 1968. La salida, para la cuestionada dirección que presidía Álvaro Cunhal, fue la creación de la Comisión Democrática Electoral (CDE) como organismo unitario de la oposición, bajo cuyo paraguas concurrió a las elecciones de 1969, convocadas por el sucesor de Salazar, Marcelo Caetano. La táctica unitaria no cuajó totalmente pues los socialistas en Oporto, Lisboa y Braga concurren con listas alternativas y eso animó a los comunistas a crear en 1970 otra plataforma unitaria, el Movimiento de Oposición Democrática (MOD) que aún tuvo menos éxito. Con todo, en 1974, tenía cuadros fogueados y predicamento entre la clase obrera gracias a su creciente influencia en el movimiento sindical que se fue reagrupando en la Intersindical a partir de octubre de 1970¹². También tenían algunos núcleos en las Fuerzas Armadas, sobre todo en la Marina y en el Ejército¹³.

El PCE también buscó denodadamente salir del aislamiento a través de la creación de organismos unitarios de oposición, como los Consejos de

Resistencia (diciembre 1947) que, al no tener ningún éxito, dieron paso a la política de ‘Reconciliación Nacional’ (1956) que pretendía la armonización de las dos Españas, dejando al margen a los franquistas recalcitrantes. Esa política, de conciliación de clases, fue muy contestada. Por eso, también en la década de los 60 el PCE sufrió escisiones provocadas tanto por el maoísmo como por el guevarismo. Su denuncia de la invasión checoslovaca permitió el surgimiento de escisiones ortodoxas que debilitaron a la formación. Pero, durante el VIII Congreso celebrado en París en 1972, su orientación política moderada fue recompensada por el establecimiento de un horizonte estratégico unitario en Cataluña, conseguido por el PSUC, con la creación de la Asamblea de Cataluña en 1971. Lo que no sucedió en el resto del Estado con la creación de la Junta Democrática (agosto 1974), de la que el PSOE y los demócrata cristianos se colocaron al margen prefiriendo impulsar un organismo que aglutinase a la oposición moderada y a los nacionalistas periféricos: la Plataforma de Convergencia Democrática que acabará con las pretensiones del PCE/PSUC de liderar a las fuerzas democráticas. Con todo, el PCE, como en Portugal, dominaba el panorama sindical a través de CC.OO, creadas en 1966¹⁴. También como en Portugal disponían de un pequeño núcleo en el seno de las Fuerzas Armadas¹⁵ que perdió cualquier protagonismo con la creación de la UMD en marzo de 1975.

2.- Diferencias en las transiciones

1.- Distinto éxito reformista. En Portugal, Marcelo Caetano sucedió a Salazar en 1968, cuando aquel sufrió un accidente vascular. Durante 6 años trató de mejorar las condiciones de vida de la población, pero sin democratizar el régimen. Su gobierno tuvo dos fases contradictorias: la primera llamada *primavera marcelista* de 1968 a 1970 en la cual tomó varias medidas de descompresión de la dictadura:

– Acabó con el exilio de dos de las principales figuras de la oposición: el obispo de Oporto António Ferreira y el líder socialista Mário Soares.

– Potenció los sindicatos de ramos en un intento de transformarlos en organismos efectivos de negociación con la patronal.

– Inició una reforma de la policía política a la que cambió el nombre de Policía Internacional de Defensa del Estado (PIDE) por el de DGS. Pero sobretodo jurista como era trató de adecuarla a la legalidad vigente.

– Atenuó, inicialmente, la censura de prensa permitiendo que aparecieran nuevas publicaciones y filmes que hasta entonces eran rotulados de subversivos e inmorales.

– Cambió los hábitos de la gobernación y, a diferencia del asceta Salazar que raramente se dejaba ver en público, Caetano aparecía en la radio y en la prensa y se conocían sus hábitos y costumbres, lo que dio a su actuación una apariencia de mayor modernidad.

– En abril de 1969 visitó las colonias de Guinea Bissau, Angola y Mozambique, lo que para algunos analistas políticos, tanto del régimen como de la oposición, era el primer paso para abandonar África y la guerra colonial que Portugal sostenía desde 1961 y que acarrearía para el presupuesto del Estado la mitad de los gastos, y para la cual, además, no había una solución militar plausible.

La incapacidad de buscar una salida a la guerra ante los continuos obstáculos que le colocaron los ultras del régimen, seguidores de la tradición unitarista de que las colonias eran la prolongación de la metrópoli impuesta por Salazar. Éstos veían con profunda desconfianza cualquier mudanza, por tímida que fuese y acabaron obligando a Caetano a abandonar las reformas y a replegarse defensivamente durante su segunda fase de gobierno de 1970 a 1974. En ese tiempo la dictadura se endureció y la guerra se fue haciendo insostenible y los militares inferiores, los capitanes que la dirigían, se sublevaron contra el gobierno y contra la propia

jerarquía militar que consentía aquella política militar suicida¹⁶.

En España, el inicio de la pretransición puede situarse en el asesinato del almirante Carrero Blanco, en diciembre de 1973. Aunque la crisis del franquismo era anterior, pues la división en la elite del poder entre tecnócratas y falangistas, la agitación obrera y estudiantil, el alejamiento del régimen por parte de la intelectualidad y de crecientes sectores de la clase media, el terrorismo de ETA, etc., son anteriores y se remontan al desarrollismo que se inicia en los 60. Para sustituir a Carrero, Franco designó a Arias Navarro que el día de su toma de posesión realizó un discurso que fue bautizado por los sectores reformistas y democráticos como “el espíritu del 12 de febrero” en un intento desesperado por creer que el enunciado de palo y zanahoria era el preámbulo de la apertura política y el país quedó expectante. Pero la ejecución del anarquista Puig Antich¹⁷ y del súbdito de la RDA Georg M. Wezel, un mes después de la toma de posesión, junto con la dureza expresada en la cuestión Añoveros hicieron ver a la opinión pública que el régimen era incapaz de autoreformarse. Y era verdad. Después de diversas remodelaciones ministeriales tras la muerte del dictador (noviembre 1975) y la proclamación como rey de Juan Carlos I, Arias Navarro continuó en la jefatura del ejecutivo realizando una política zigzagueante, viendo la imposibilidad de mantener la dictadura pero revelándose incapaz de reformarla, tanto por fidelidad al régimen de Franco como por el miedo a que un mínimo movimiento provocase el derrumbe del régimen, como pensaba había sucedido en Portugal. El impasse solo se solucionó con la llegada de Adolfo Suárez a la Presidencia del gobierno en julio de 1976¹⁸.

2.- La cuestión colonial. Portugal tenía un dilatado imperio colonial (Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe, Timor y Macau) que estuvo en el inicio de la transición. El golpe de Estado del 25 de abril se produjo, como ya he señalado, por la incapacidad de la dictadura en encontrar una salida a la guerra que había reventado

en Angola en 1961, en Guinea Bissau en 1963 y en Mozambique en 1964. Era una guerra que consumía el 10% del PIB. Era, también, una guerra de liberación nacional que permitía que los grupos africanos que combatían contra la metrópoli tuviesen amplios apoyos: de la comisión de descolonización de la ONU, de la OUA y, en definitiva, de la URSS y sus aliados, ya que el conflicto se insería dentro del contexto de la Guerra Fría y, más concretamente, en la disputa por el Cono sur de África, considerado esencial para ambos bloques, dada la gran cantidad de reservas de minerales estratégicos que alberga la región¹⁹. Por eso el trasfondo descolonizador fue esencial en la transición portuguesa, porque el cambio político en la metrópoli coincidió con el abandono de África y, de ahí, las interrelaciones de ambos procesos. Hasta el punto que el triunfo del parlamentarismo en Portugal no se consolidó hasta el 25 de noviembre de 1975 cuando las fuerzas moderadas políticas y militares estabilizaron la Revolución, apenas dos semanas después de que los sectores más revolucionarios, y más próximos a las tesis del PCP, hubiesen conseguido la independencia de Angola en la órbita soviética. Por tanto en Portugal, el proceso descolonizador se solapó con el proceso de consolidación democrática y supuso para éste un poderoso elemento perturbador²⁰.

En España, por el contrario, la importancia colonial en el cambio de régimen fue reducida, aunque no desdeñable, a causa del Sahara Occidental, pues la dictadura dándose cuenta que el golpe de Estado en Lisboa se había producido por la cuestión africana, inició un viraje hacia una rápida independencia de la colonia. Por eso, en mayo de 1974 se concedió autonomía al territorio y España anunció en la ONU, en agosto, que durante el primer semestre de 1975 realizaría un referéndum de autodeterminación. Ante la presión de EE.UU. y de Marruecos, por miedo a que el POLISARIO, –como había hecho la guerrilla antiportuguesa- acabase reforzando el bloque soviético, España acabó dejando el Sahara en manos de Marruecos y Mauritania. Esa decisión pretendía impedir el control de los aliados de la URSS sobre el

mar de Canarias y la desestabilización de ese archipiélago español. La actuación de Argelia para presionar al gobierno de Madrid se efectuó a través del Movimiento Popular para la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario (MPAIAC), que como el POLISARIO también tenía su sede en ese país que, además, era el principal aliado de la URSS en el Magreb. Todas estas cuestiones quedaron reflejadas en los Acuerdos Tripartitos de Madrid (noviembre 1975) por los que se abandonó precipitadamente la colonia, donde además se encontraba una parte de la oficialidad sospechosa de pertenecer a la UMD y lo mismo sucedía con los soldados “fichados como políticos”. Por lo que, la salida a la carrera se debió al miedo a que el ejército español se politizase como lo había hecho el portugués por contagio en medio de una lucha de liberación nacional. Así lo señaló el ministro de la Presidencia Antonio Martínez Carro en el Parlamento, en el transcurso de una Comisión de Investigación tras el establecimiento de la democracia en España²¹.

A pesar de que el factor africano estuvo presente en la transición española, su impacto fue infinitamente inferior al que se produjo en Portugal.

3.- La cuestión militar

El papel del Ejército en la política tanto en Portugal como en España desde el establecimiento del liberalismo es similar²². Pero esa coincidencia, con ser exacta, acaba ahí. El grado consensual que el Ejército tiene en la sociedad portuguesa es consecuencia de su papel como garante de su independencia nacional con respecto a España, que ha sido la amenaza más constante que ha experimentado nuestro vecino desde su separación en 1640 hasta las primeras décadas del siglo XX²³. Por eso las Fuerzas Armadas lusas tienen un elevado grado de aceptación tanto entre la izquierda como entre la derecha. Ya el escritor lisboeta Paço d'Arcos escribió “siempre el Ejército estuvo ligado a la vida de la República parlamentaria²⁴, dándole diputados,

senadores, ministros, presidentes de gobierno, interviniendo por la fuerza en circunstancias varias, ayudando a hacer y deshacer gobiernos, contribuyendo también a aquella inestabilidad a la que el mismo decidió poner fin finalmente”²⁵. Se refiere al golpe del 28 de mayo de 1926 que derribó la Primera República y que, tras varias vicisitudes, los golpistas acabaron entregando el poder a Salazar, en julio de 1932; un civil que contaba con el apoyo de los militares con cuyos intereses geoestratégicos coincidía plenamente. Por eso cuando Salazar quedó incapacitado para gobernar y Caetano fue encumbrado a la dirección efectiva de la política portuguesa, la única condición que le impuso la cúpula militar fue que continuase la guerra colonial, en defensa del imperio, que era lo que el partido militar demandaba. De forma que cuando la larga dictadura portuguesa concluyó apenas había tenido durante 6 años un rostro militar. Aunque esta institución continuó ostentando la Presidencia de la República más allá del 25 de Abril, si bien tanto durante la dictadura como con la democracia constitucional (1974-1982) la jefatura del Estado apenas dejó de ser una institución protocolaria, con poco poder efectivo y eso que los poderes del jefe del Estado eran amplios en la Constitución de 1933. Pero en la práctica convirtió el régimen autoritario portugués en la dictadura del presidente del Gobierno, lo que ciertamente mitigó en papel que en el imaginario popular jugaba la institución castrense en su apoyo a la tiranía. A pesar de ello, los militares jugaron un papel relevante en la administración y servicios del Estado, en la Mocidade Portuguesa, en la Legión, en la PIDE, etc., Pero eso no manchó a las Fuerzas Armadas que, por otro lado, mantuvieron en su seno sectores democráticos²⁶.

Es evidente que esto no ocurrió en España, pues las Fuerzas Armadas aún hoy en el imaginario popular son rehenes del desencadenamiento de la brutal guerra civil de 1936 a 1939 y, sobre todo, de la sangrienta represión que ejercieron en la dramática posguerra, no solo con los derrotados, sino también en el maquis y con la población que vivía en las áreas de la guerrilla.

El papel que las Fuerzas Armadas han jugado en España desde la guerra civil, como árbitros de la unidad de la patria –confundiéndola con un centralismo insano- y de las esencias de la nación, las han alejado de las preocupaciones de la ciudadanía y, en ese sentido fue muy significativo el maltrato que la corporación dio a los sectores democratizadores de la UMD. Por eso una gran parte del país percibió a sus Fuerzas Armadas como un cuerpo extraño al interés común y ligadas a los sectores oligárquicos. Entre otras razones porque el Ejército español que existía al inicio de la transición era el que había surgido durante la guerra civil, que había renegado de su herencia secular de integrar las varias familias ideológicas sin excesivos problemas y eso explica el trato humillante que la institución dio a los miembros de la UMD y el problema que supuso su integración a las Fuerzas Armadas²⁷.

El papel de las Fuerzas Armadas durante la transición será diferente en Portugal y en España. En el país vecino fueron los agentes del cambio, mantuvieron una autonomía y una reorganización operativa al margen del poder civil durante el período revolucionario (1974-1975) y dirigieron, mayoritariamente, el proceso descolonizador y tutelaron el proceso político, a través de los diversos organismos militares: Asamblea de Ramos, Asamblea del MFA y, finalmente, mediante el Consejo de la Revolución.

En España el protagonismo fue civil, pero el peso de unas Fuerzas Armadas ideologizadas y moldeadas por la herencia socio-política de la dictadura, así como la tenaz erosión y castigo que les infirió la banda terrorista ETA hicieron muy viva su presencia durante todo el proceso de cambio político²⁸, que estuvo plagado de rumores de sables e intentos de ‘pustch’, cuyo episodio culminante fue el 23 de febrero de 1981 con la sublevación de Tejero-Armada y Milans del Bosch²⁹. De todas formas en la neutralización del golpismo militar jugó un papel destacado el rey Juan Carlos, al que la generalidad de los mandos, y en función del precepto de obediencia debida, trasladaron

la fidelidad que tenían al Caudillo. También la pervivencia de la memoria de la guerra civil actuó durante toda la transición de freno para posibles aventuras y trágicos desencuentros, lo que ayudó a pacificar los espíritus más montaraces³⁰.

4.– El modelo de transición

En Portugal se produjo un corte radical con la dictadura: se prohibió el partido único; se persiguieron sus medios de comunicación; se disolvió la policía política, la Policía de Choque especializada en atacar a los estudiantes y a los obreros en huelga y la Legión Portuguesa; se depuraron las Fuerzas Armadas y policiales; se disolvió el aparato del Estado, los ayuntamientos y los gobernadores civiles; se incautaron tierras y empresas, previa expulsión de sus propietarios o administradores. Se pretendió, en definitiva, cambiar el modelo de sociedad e implantar algún tipo de socialismo sobre el cual no se llegaron a poner de acuerdo hasta el 25 de noviembre de 1975, cuando tras la victoria de los militares moderados capitaneados por Ramalho Eanes y Vasco Lourenço y los civiles que les daban apoyo aglutinados alrededor del PS de Mário Soares, consiguieron imponer lo que entonces se denominaba la vía socialdemócrata³¹.

En España, el proceso fue totalmente diferente, gracias, en gran medida, a la lección portuguesa. Inicialmente durante el período spinolista (25 abril-30 septiembre de 1974) los sucesos de Portugal ayudaron a liberalizar el régimen español e incluso la represión decayó a partir del momento en que la policía política oyó en todas las manifestaciones la advertencia de “Social, acuérdate de Portugal” en referencia a la detención de los pides por los militares tras la caída de Caetano. También la prensa española hablaba de Portugal con la boca llena de esperanza y para burlar la censura de prensa apenas era preciso cambiar el nombre del país para entender que cuando se identificaban las libertades portuguesas, se pedía libertad para España³².

Durante ese período la influencia lusa en el proceso político español fue beneficiosa. Pero, a medida que se fue radicalizando la Revolución, sucedió lo contrario y cuanto más a la izquierda se situaba Portugal, más se derechizaba nuestro país, y como ha sucedido a lo largo de la historia en que ha habido una desarmonía político-ideológica entre ambos Estados, se produjo una interferencia mutua. Así se produjeron reuniones entre la UMD y el MFA para acelerar el cambio político en España mientras, en sentido inverso, se organizó desde Madrid la injerencia en los asuntos de Lisboa, armando y dando alas a la contrarrevolución³³.

La relación entre ambos países no se normalizó hasta el Encuentro de Guarda, en febrero de 1976, cuando el ministro de Exteriores español José M^a de Areilza y el portugués, Ernesto Melo Antunes, acordaron el cese de la injerencia y la colaboración mútua, lo que se plasmó en la firma del Tratado de Amistad y Cooperación en noviembre de 1977.

Aprendida la lección portuguesa de los riesgos de un corte radical con el pasado, porque como señaló el secretario de Estado norteamericano H. Kissinger “los vacíos de poder favorecieron el comunismo”³⁴, quedó claro que la transición española debía ser pactada. Por eso a lo largo de 1975 aún con todas las contradicciones que acarrearba la inestable situación política³⁵ se avanzó en la conquista de mayores parcelas de libertad. Así, gracias a la presión internacional, el PSOE y diversas formaciones de derecha, tuvieron mayor libertad de movimientos, aunque siempre bajo el férreo control del gobierno que trataba de controlar su capacidad de acción. Con la llegada de Suarez a la jefatura del Gobierno (junio 1976) el ritmo del desmontaje de la dictadura se aceleró, el proyecto de la Ley de Reforma Política, que establecía la convocatoria electoral con garantías, como el camino para la democratización, fue aceptado por la oposición (aunque con la boca pequeña) y sometido a referéndum el 15 de diciembre de 1976. La aprobación por un 94,1% de los votantes y con una participación del 77,7% del electorado

consagraba una mudanza que uno de sus principales artífices, el presidente de las Cortes franquistas y del Consejo del Reino, Torcuato Fernández Miranda, definió como “ir de la ley a la ley”³⁶, sin vacíos de poder, sin depuraciones en el aparato del Estado, sin molestar a los beneficiarios de la dictadura que, tras 40 años de poder, tendían la mano a los derrotados, retomando una convivencia que se había quebrado en 1936 y que ahora se intentó, con éxito, preservar para que la tragedia no se volviese a repetir.

Esa condescendencia entre vencedores y vencidos, esa voluntad de no llegar otra vez a las manos, tuvo que ver con la memoria histórica de la guerra, y ahí el papel de puente de la Corona, que la oposición a la dictadura había demandado en el acercamiento entre Prieto y Gil Robles en la posguerra mundial y que se plasmó en el Pacto de San Juan de Luz (1948) pero que no tuvo aplicación por la pusilanimidad de D. Juan³⁷ y hubo que esperar a la muerte del dictador y a la llegada de Juan Carlos al trono para normalizar la vida política. En ese proceso la influencia de la experiencia portuguesa tuvo un papel central a la hora de diseñar qué y qué no debía hacerse.

5.- El comportamiento de la diplomacia en las transiciones ibéricas

El proceso democratizador en el sur de Europa se produjo en un marco caracterizado por las tendencias aislacionistas de los EE.UU., los primeros y balbuceantes pasos de la diplomacia europea y el papel expansionista de la URSS.

Los EE.UU. centraron sus prioridades en la guerra del Vietnam donde, después de la ofensiva vietcong del Têt en 1968, entendieron que no podían ganar y que necesitaban encontrar una salida negociada con la URSS y con la República Popular de China. Su posterior derrota en 1973 y el escándalo Watergate, que obligó a dimitir al presidente Richard Nixon, hicieron que se centrara esencialmente en su política doméstica, permitiendo mayores niveles de autonomía europea. Además, habían fracasado en

varios intentos de mediar entre sus aliados de la OTAN, como Grecia y Turquía por la cuestión de Chipre, lo que explicaría la situación contradictoria del gobierno norteamericano en las transiciones peninsulares y el papel mucho más relevante de los países de la CEE.

Quien más había apostado para que la diplomacia europea tuviese un papel relevante entre ambos bloques fue la RFA, a través de la ‘Ospolilik’, diseñada por Willy Brandt a partir de 1969 y seguida por Helmut Schmidt, tras la dimisión de aquél en 1974. En esa misma dirección se encaminaba la política francesa promovida por De Gaulle, con el doble objetivo de asegurar la autonomía de Francia en el seno de la OTAN y garantizarle un papel más relevante en la construcción europea. Igual tónica siguieron después G. Pompidou y Giscard d’Estaing. También los laboristas británicos, en el poder desde 1964, iniciaron un claro acercamiento a la Europa comunitaria y cuando llegó al poder el conservador Heath (1970-1974) recogió los frutos al conseguir integrar a su país en la CEE (1973). Política que prosiguió con el nuevo ciclo laborista de Wilson y Callaghan (1974-1979).

En paralelo a las posturas occidentales, la URSS corrió a cubrir el vacío que dejaba su rival, expandiéndose por zonas que anteriormente le eran vetadas. Ese imperialismo era complementario de la doctrina Brézhnev (puesta en evidencia en el aplastamiento de la Primavera de Praga en 1968), que establecía que cada Estado socialista no sólo era responsable ante su pueblo sino también ante los miembros del Pacto de Varsovia, reduciendo así su soberanía interna. El reconocimiento del derecho de intervención del Este en sus “propios” asuntos permitía, en reciprocidad, la plena capacidad del otro bloque para solucionar en su área eventuales conflictos, lo que en principio garantizaba una salida prooccidental a las transiciones ibéricas. Además, la URSS estaba en ese período interesadísima en apoyar la autonomía de la CEE en relación a los EEUU y en potenciar la distensión, lo que pasó a ser prioritario

tras el acercamiento de Washington a Pekín, iniciado con la visita de Nixon a la República Popular China en febrero de 1972. Por eso, los soviéticos centraron sus esfuerzos en la realización de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea que debía celebrarse en Helsinki en julio-agosto de 1975, lo que explica que el dirigente polaco Edgard Gierek, en visita a Portugal en febrero de ese año, señalase a los dirigentes del PCP que una revolución comunista era allí imposible³⁸. Por tanto, en principio, sobre la Península no se ceñía la tan cacareada amenaza soviética, pero es evidente que la URSS tenía interés en el Cono Sur africano, cuyo control –a través de los movimientos nacionalistas antiportugueses en Angola y Mozambique– le permitiría el acceso a la principal zona con reservas estratégicas que, en ese momento, estaba en manos occidentales. Esa percepción, junto al repliegue de EE.UU., hicieron aparecer dentro de la dirección soviética una corriente que se creía capaz de acorralar a los EE.UU. y de enfrentarlos a sus aliados europeos. Además las independencias de las colonias portuguesas, junto al ritmo y el modelo de la revolución en la metrópoli, provocaron una profunda fractura social que benefició claramente al PCP que, tras el fracaso del golpe spinolista del 11 de marzo de 1975, dominó el aparato del Estado. La hegemonía política comunista modificó los presupuestos anteriores en relación a la injerencia que Moscú podía ejercer en Lisboa. Por eso se dibujaron en el seno de la *intelligentzia* soviética dos líneas: la de los duros de la *nomenklatura*, capitaneados por el ideólogo del PCUS Boris Ponomarev que aceptaban que el PCP intentase implantar la revolución comunista y si fallaba tendría que adaptarse a la democracia liberal; y la de la diplomacia que, tras las elecciones de abril de 1975 en las que el PCP tuvo unos resultados muy pobres, fue sensible a la argumentación de los países de la CEE que aseguraron reiteradamente a la URSS que si el PCP tomaba el poder en Lisboa la colaboración intereuropea, que debía consolidarse en Helsinki, acabaría de golpe. Evidentemente la Conferencia

interesaba más a la URSS que el hipotético, y en cualquier caso efímero, control comunista de Portugal. Los resultados de Helsinki permitieron garantizar el *status quo* europeo y establecer acuerdos de cooperación económica y cultural. Además, acerca del destino de Portugal, EE.UU y Europa fueron capaces de acertar su política, aunque no fue fácil pues, inicialmente, también la diplomacia americana fue dubitativa en cuanto al camino a seguir, esbozándose dos líneas: la que defendía el secretario de Estado Henry Kissinger y la del embajador en Lisboa Frank Carlucci. Kissinger creía, como le señaló a Mário Soares, a principios de 1975, que Portugal estaba perdido para Occidente y que el comunismo acabaría implantándose, convirtiéndose en una vacuna para el resto de Europa. Pero Soares le contradujo señalando que eso no sería así porque Europa les ayudaría a lo que aquél habría respondido en francés “Bon chance, Europa”³⁹. En cambio, el embajador Carlucci, nombrado en noviembre de 1974, se alineó siempre con los postulados que preveían la victoria democrática en colaboración con los países europeos.

En España la interferencia externa fue menos significativa porque, solucionada la transición lusa en una perspectiva favorable a los intereses occidentales, ya no existió la tentación de reforzar o maquillar la dictadura, como habría acontecido si el comunismo se hubiese instalado en la frontera terrestre más extensa de España. Y como sucedió en Corea del Sur hasta 1993. También, la capacidad de maniobra del PCE fue menor, no sólo porque no se alineaba con las tesis de la URSS, como demostró con su defensa del Eurocomunismo, sino también porque en España no hubo un vacío de poder, como en Portugal tras la revolución y Occidente, desde el principio, apostó por la monarquía de Juan Carlos, a la que la izquierda brindó su apoyo⁴⁰.

El papel relevante de Bruselas a la hora de apoyar la salida democrática a las dictaduras iba en la línea de la opinión pública de ambos países, que no sólo se sentían parte integrante de Europa sino que sabían,

tanto los ciudadanos de Portugal como de España, que sus países habían escrito páginas decisivas de la historia del continente y que su universalización no podía entenderse sin la contribución ibérica al acervo común. También eran conscientes que la integración europea era una meta imprescindible tanto para su homologación política como para acabar con la inestabilidad institucional y alejar el fantasma del intervencionismo militar. La utopía de Europa era el sueño de las oposiciones democráticas y ese largo camino se consideraba tan inexcusable que ya lo habían emprendido durante las dictaduras. En 1961 Portugal, que ya en 1959 se había sumado a la EFTA, solicitó discutir un acuerdo de asociación con la CEE, pero el veto francés a la integración británica malogró los compromisos de Bruselas con otros países interesados como Portugal. Entonces las negociaciones no se retomaron hasta mayo de 1970 y, finalmente, en marzo de 1972 se firmó un tratado comercial preferente⁴¹.

Situación semejante se verificó en España donde, en consonancia con las líneas económicas planteadas en el Plan de Estabilización (1959) que buscaban la integración de nuestra economía en el mundo, el gobierno español pidió en 1962 el inicio de negociaciones que no se concretaron hasta ocho años después cuando, en junio de 1970, se firmó el acuerdo comercial preferente⁴².

Pero no sería hasta el establecimiento de la democracia que ambos países iniciaron la ronda negociadora. Portugal presentó su petición en marzo de 1977 y España en septiembre de ese mismo año, dando lugar a un periplo que concluyó el 6 de junio de 1985 cuando, simultáneamente, en Lisboa y Madrid se firmó la total integración de nuestros países en Europa⁴³, fecha que quizás mejor que cualquier otra señala el fin de nuestras transiciones.

Notas

¹ BOTTI, A., *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992; PAYNE, S.G., *El régimen de Franco 1936-1975*, Madrid, Alianza, 1987; DIAZ, E., *Pensamiento español en la era de Franco*, Madrid, Tecnos,

- 1992; ROSAS, F., (coord.) *O Estado Novo* en MATOSO, J., *História de Portugal*, Lisboa, Estampa, 1994, vol. III; SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., “El Estado Novo de Salazar: una dictadura autoritaria y corporativa” en ANTON, J., (coord.) *Orden, jerarquía y comunidad*, Madrid, Tecnos, 2002, pp. 197-246.
- ² AROSTEGUI, J., *Por qué el 18 de julio y después ...*, Barcelona, Flor del Viento, 2006, p. 262.
- ³ RUÍZ, J.J., *El papel político de la Iglesia Católica en la España de Franco (1936-1971)*, Madrid, Tecnos, 1977; HERMET, G., *Los católicos en la España franquista*, Madrid, CIS-Siglo XXI, 1985-86, 2 vols.; CRUZ, M., Braga da, *O Estado Novo e a Igreja Católica*, Lisboa, Bizancio, 1998.
- ⁴ PINHO, A. de, “D. Antonio F. Gomes e Cardeal Manuel G. Cerejeira. Dois Caminhos para o Catolicismo Português no século XX, AA.VV. *A Igreja e o Estado em Portugal*, Vila Nova de Famalicão. Câmara Municipal, 2004, pp. 223-234.
- ⁵ MARTIN DESCALZO, J.L., Tarancón. *El cardenal del cambio*, Barcelona, Planeta, 1982.
- ⁶ *Conferência Episcopal Portuguesa. Documentos pastorais (1967-1977)*, s.l., 1978, pp. 331-332.
- ⁷ SERRÃO, J.V., *Correspondência com Marcello Caetano 1974-1980*, Venda Nova, Bertrand, 1994, p. 69.
- ⁸ PAYNE, S. G., *El catolicismo español*, Barcelona, Planeta, 2006, pp. 273-274.
- ⁹ SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., -, *La Revolución Portuguesa y su influencia en la Transición Española*, Madrid, Nerea, 1995, p. 261-262.
- ¹⁰ FIGUERO, J., UCD ‘*La empresa*’ que creó Adolfo Suarez: *historia, sociología y familias del suarismo*, Barcelona, Grijalbo, 1981.
- ¹¹ Ver respectivamente: CARVALHO, C. “Como nasceu o Partido Socialista em 1973” en MEDINA, J. (dir.) *História Contemporânea de Portugal. O Estado Novo (II)*, Lisboa, Amigos do Livro, pp. 164-166; y SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., y TUBAU, J., *Felipe González Márquez*, Barcelona, Ed. 2004, pp. 47-59.
- ¹² Ver: SÁ, V. de, *Evolução do Movimento Operário e do Sindicalismo em Portugal*, Porto, Sindicatos, Têxteis, 1981; CASTRIM, M., *Historia da Intersindical*, 3 ed., s.l. [Lisboa], Alavanca, 1979.
- ¹³ Sobre el PCP ver: PACHECO PEREIRA, J., *Álvaro Cunhal, Uma Biografia Política*, Lisboa, Temas & Debates, 3 vols., 2001-2005; MADEIRA, J., *Os Engenheiros de Almas: O Partido Comunista e os intelectuais*, Lisboa, Estampa, 1996; CUNHA, C.A., *The Portuguese Communist Party's Strategy for Power 1921-1986*, New Cork, Garland Publishing, 1992.
- ¹⁴ ARIZA, J., *Comisiones Obreras*, Barcelona-Madrid, Avance-Mañana, 1976; ALMENDROS, M. et al., *El sindicalismo de clase en España (1939-1977)*, Barcelona, Península, 1978.
- ¹⁵ Sobre el PCE/PSUC ver: COLOMER, J.M., ROCA, F., (coord.) *PSUC 1936-1981, 45 anys d'història*, Barcelona, Partit, 1981; CAMPO, M., *El PSUC i l'Eurocomunisme*, Barcelona, Grijalbo, 1981; ESTRUCH, J., *Història oculta del PCE*, Madrid, Temas de Hoy, 2000; MORÁN, G., *Miseria y grandeza del PCE 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986.
- ¹⁶ SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., “A guerra colonial no tempo de Marcello Caetano”, *História*, Lisboa, nº 57, Junho 2005, pp. 44-48.
- ¹⁷ Ver: *El MIL i Puig Antich, la tergiversació històrica continua*, Barcelona, 2006; ESCRIBANO, F., *Cuenta atrás. La historia de Salvador Puig Antich*, Barcelona, Península, 2001.
- La película *Salvador* (2006) dirigida por Manuel Hueriga y el documental “La muerte de nadie. El enigma de Ches” (2004), dirigido por Joan Dolç.
- ¹⁸ SOTO, A., *Transición y cambio en España, 1975-1996*, Madrid, Alianza, 2005.
- ¹⁹ SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., “El cono sur africano 1975-1990. Angola, Mozambique, Namibia y Zimbabwe” en MARTÍNEZ CARRERAS, J.U. y NEGRÍN, O. (dirs.) *Curso sobre Historia Contemporánea de África*, Madrid, Ntra. Sra. de África, 1996, pp. 54-62.
- ²⁰ SANCHEZ CERVELLÓ, J., “El factor africano en las transiciones ibéricas”, *Studia Africana*, Barcelona, nº 10, marzo 1999, pp. 155-168.
- ²¹ SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., “A descolonização do Saara à luz da Revolução dos Cravos”, *Revista de Ciência Política*, Lisboa, nº 6, 2 semestre 1987, pp. 79-92.
- ²² SECO SERRANO, C., *Militarismo y civilismo en la España Contemporánea*, Madrid, IEE, 1984; MARQUES, F. Pereira, *Exército, Mudança e Modernização na Primeira Metade do Século XIX*, Lisboa, Cosmos, 2002.
- ²³ TORRE, H. de la, *El imperio del rey. Alfonso XIII, Portugal y los ingleses (1907-1916)*, Mérida, Ed. Regional de Extremadura, 2002.
- ²⁴ Lo mismo hubiese podido decir de la monarquía constitucional.
- ²⁵ ARCOS, J. PAÇO d', *Memórias da Minha Vida e do Meu Tempo*, Lisboa, Guimarães Ed., 1976, pp. 203-204, vol. II.
- ²⁶ FERREIRA, J. Medeiros, *O Comportamento político dos militares*, Lisboa, Estampa, 1992; CARRILHO, M., *Democracia e Defesa. Sociedade Política e Forças Armadas em Portugal*, Lisboa, Pub. Dom Quixote, 1994.
- ²⁷ Sobre esta organización ver: FERNÁNDEZ, J., *UMD: Militares contra Franco*, Zaragoza, Mira, 2002.; CAPARRÓS, F., *La UMD. Militares rebeldes*, Barcelona, Argos Vergara, 1983.
- ²⁸ MARTÍNEZ INGLÉS, A., *La transición vigilada*, Madrid, Temas de Hoy, 1994.
- ²⁹ Sobre el 23-F ver: BLANCO, J., *23-F: crónica fiel de un golpe de Estado*, 2 ed., Madrid, FN, 1996; PALACIOS, J., *23-F: el golpe del CESID*, Barcelona, Planeta, 2001; CARCEDO, D., *23-F: los cabos sueltos*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.
- ³⁰ AGUILAR, P., *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 199; FERNÁNDEZ LÓPEZ, J., *El rey y los otros militares en el cambio de régimen político en España (1969-1982)*, Madrid, Trotta, 1998; OLMEDA, J.A., *Las relaciones civiles-militares y el cambio político en España 1975-1986*, Madrid, UNED, 1990.
- ³¹ MAXWELL, K., *A Construção da Democracia em Portugal*, Lisboa, Presença, 1999.
- ³² AFONSO, A., *Veinte e Cinco de Abril* en MEDINA, J. (dir.), *Historia Contemporânea de Portugal*, Lisboa, Amigos do Livro, 1985, vol. V.; REIS, A. (coord.), *Portugal 20 anos de democracia*, Lisboa, Circulo de Leitores, 1993.
- ³³ SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., “A contrarrevolução no PREC (1974-1975)”, in MEDINA, J., (coord.) *Historia de Portugal*, Amadora, Ediclube, 1993, pp. 133-141, vol. XIV.
- ³⁴ *Diario Español*, nº 1162, 15.X.1974, p. 11.

- ³⁵ Con Franco con una salud cada vez más frágil, con una movilización ciudadana a favor de las libertades que iba ‘in crescendo’, con una revolución portuguesa en la frontera, con la cuestión del Sahara que proyectaba además una tensión añadida sobre Canarias, Ceuta y Melilla y con la cruel y sistemática actuación de los grupos terroristas, con gran poder de desestabilización (ETA, extrema izquierda, y tramas negras de la ultraderecha).
- ³⁶ Ver: FERNÁNDEZ MIRANDA, P. y A., *Lo que el rey me ha pedido. Torcuato Fernández Miranda y la reforma política*, Barcelona, Plaza & Janés, 1995.
- ³⁷ BORRÁS BERTRIU, R., *El rey de los Rojos. D. Juan de Borbón una figura tergiversada*, Barcelona, Vergara, 2005, pp. 227-257.
- ³⁸ Entrevista con el coronel João Varela Gomes, Lisboa, 18 de junio de 1986.
- ³⁹ Entrevista con el ex presidente de la República portuguesa Mário Soares, Lisboa, Palácio de Belem, 20 de junio de 1986.
- ⁴⁰ SÁNCHEZ CERVELLÓ, J., “Les modèles comparés des transitions peninsulaires” in DULPHY, A., LÉONARD, Y., *De la dictature à la démocratie: voies ibériques*, Bruxelles, Presses Interuniversitaires Européennes, 2003, pp. 187-204.
- ⁴¹ TEIXEIRA, N. S., “Entre África y Europa. La política exterior portuguesa 1860-1986” en PINTO, A. Costa (coord.), *Portugal Contemporâneo*, Madrid, Sequitur, 2000.
- ⁴² SÁNCHEZ-GIJÓN, A., *El camino hacia Europa: negociaciones España-CEE*, Madrid, del Centro, 1973; BASSOLS, R., *España en Europa. Historia de la adhesión a la CEE*, Madrid, Estudios de Política Exterior, 1995.
- ⁴³ BESNÉ, R. et al., *La Unión Europea: historia, instituciones y sistema jurídico*, Bilbao, Univ. de Deusto, 1998; MATOS, S., Campos (coord.), *A Construção da Europa*, Lisboa, Ed. Colibri, 1999.